

ESPERO QUE CUBA HABRA DE TENER PLENA CONFIANZA EN MI GOBIERNO

Así Declaró En La Playa De San Agustín Al Enviado Del Liberalismo, El Electo De Los Republicanos Q. Ayer Ascendió a La Primera Magistratura De La Unión Americana

El Secretario de Estado del nuevo mandatario, Mr. Hughes, tiene ya un pleno conocimiento de la política interior de la Gran Antilla

MR. HARDING, ANTITESIS DE SU ANTECESOR, ES UNA GARANTIA EN LA LUCHA ELECTORAL DE NUESTROS PARTIDOS

UNA ENTREVISTA EN PALM BEACH CON EL DOCTOR MANUEL RAFAEL ANGULO

El "Royal Poinciana" es rival del "Breakers": ambos se asoman, monumentales y babilónicos, al mar que bate sus olas sobre la playa de la Florida donde erró el bizarro Ponce de León en busca de la fuente de eterna juventud. En el uno se hospeda, por corta temporada, el enviado del liberalismo, embajador de una causa de alta dignidad patriótica, que responde al nombre prestigioso del doctor Manuel Rafael Angulo—y a quien acompaña, con el encanto de su personalidad exquisita de dama culta y bella, la señora Bella Domínguez, su consorte de habla bilingüe que en la Habana como en Washington disfruta de bien inspirada simpatía social. Desde el "Breakers" me conduce el doctor Orestes Ferrara, también huésped invernal de la playa elegante, hacia el hospedaje del doctor Angulo; en una "wheel chair" inquietante, suave y muelle, hacemos el rápido viaje. Luego, una presentación cordial; una charla breve e intensa, síntesis de toda una acción diplomática coronada de inmediato por el mejor éxito; y posteriormente, en el retorno hacia la Habana, las cuartillas del repórter que se llenan a toda prisa para que aparezcan al día siguiente de la toma de posesión del periodista que asiente a la primera magistratura de la Gran República sintiéndose todavía "newspaper man".

Primero debemos decir, afirmar de una manera rotunda, que el doctor Angulo, embajador de buenos oficios, ha triunfado en la absoluta finalidad de su misión; pericia y circunstancias favorables de consuno, el hecho cierto es que, ante su presencia esclarecedora, las puertas de los nuevos mandatarios se han abierto sin necesidad de tocar a ellas repetidas veces. Y si Mr. Wilson y sus mediocres colaboradores no dieron nunca franca acogida a los misioneros del liberalismo, no así Mr. Harding y los que con él habrán de hacer gobierno de altura.

¿Cómo llegó tan fácilmente el doctor Angulo hasta la cámara del jugador de "golf" allá en la playa de San Agustín, un poco más allá de Palm Beach?...

¿De qué habilidad se valió el mismo doctor Angulo para hacer hablar de primera intención a Mr. Hughes, tan reservado, tan austero, de tan pocas palabras?...

Eso no lo sabe el repórter. Pero sí puede asegurar—y eso se ha dicho repetidas veces en la prensa norteamericana—que el representante del General Gómez, candidato de los liberales, llegó, vió y habló. De su victoria, y de su oportunidad, hablará el tiempo. Por ahora, el repórter se limita a decir, con menos palabras de las que usara el hermético Mr. Hughes, algo de lo mucho que habrá que decir a su tiempo de lo trascendental de esa misión.

Habla el doctor Angulo, que, como buen criollo, es de palabra expresiva:

—Cuando llegué en el mes de noviembre a este país, lo primero que quise hacer, conociendo de antemano cómo se gobiernan los Estados Unidos y la influencia incontrastable que aquí ejerce la pública opinión sobre sus gobernantes, fué tantear el pensamiento común en lo tocante a nuestros problemas. Y así ajustaría mi criterio al ambiente predominante. Me encontré con que la generalidad de esas gentes entendían que por entonces nada había que hacer en Cuba, que nuestra patria estaba al parecer condenada a vivir sometida a la dic-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

tadura de sus presidentes o sufrir las consecuencias de las revoluciones. Y aún más: que los Estados Unidos debían en todo caso esperar que cualquier revolución estallase para entonces y solo entonces, intervenir como en época del Presidente Estrada Palma apoderándose por tiempo indefinida del Gobierno de la República.

Y añade, después de extenderse en una relación muy interesante de prejuicios de personajes y de personas sin claro juicio sobre asuntos cubanos:

—Bien pronto me dí cuenta, antes de que transcurriera el mes de noviembre, de lo grave de tal estado de opinión, y que con tal modo de pensar por parte de nuestros vecinos se iba derechamente a la pérdida de nuestra soberanía. Creí de necesidad recordar al pueblo americano, como lo hice en más de doscientas publicaciones de toda la Unión, que la patria de Roosevelt, además del derecho que Cuba le reconoce en el tratado permanente, tenía el deber de salvar la independencia de la joven República y conservar sus instituciones. Esta era una obligación contraída, no sólo con el mundo entero, sino con el mismo pueblo cubano. Y que si en tiempos de la dominación española el Gobierno de los Estados Unidos, cuando no tenía esas mismas obligaciones, ofreció una y otra vez a España y a los cubanos sus buenos oficios para arreglar sus diferencias (y ello me consta por la intervención personal que tuve en algunas de esas gestiones, de acuerdo con el Presidente Mc Kinley) no era mucho pedir que esos mismos buenos oficios se ofrecieran en la actualidad al pueblo de Cuba como el medio más eficaz y decoroso para salvar nuestras instituciones de la deshonra y de la muerte. Y bien: el resultado de esas gestiones es conocido por todos, americanos y cubanos.

Y así fué como el doctor Angulo finalizó su exposición, en frase por demás expresiva:

—Cuba, por lo tanto, estaba entre los cuernos de una disyuntiva pavorosa: o dictadura o revolución. Cualquiera de sus consecuencias era inaceptable. Creyéndolo así hice mi campaña, pensando, no en la conveniencia política de un momento, sino en el futuro, en toda la trayectoria del futuro de Cuba.

El doctor Angulo procede, en sus determinaciones, conforme a un plan previo, sin dejar nada a la inspiración de oportunidad. Se traza una línea de conducta, y podemos decirlo sin temor a equivocarnos: la línea trazada por el enviado del liberalismo ha sido recta, y, en su desarrollo, no ha sufrido, en cuanto al plan central, alteración alguna. Tan es así, que ha hablado en varias ocasiones con el Presidente que ayer tomó posesión de su alto mandato; y no sólo eso: para llegar aún más allá en el detalle, para que no faltara en el plan ninguno de los casuales determinantes, el doctor Angulo también aceptó la invitación del entonces ya electo para que se entrevistara con el futuro Secretario de Estado, que fué candidato de los republicanos a la presidencia de la República, y que es, sin duda alguna, un gran prestigio del alto estadismo: Mr. Hughes. Antes de llegar a elevadas posiciones, que suelen ser luego inaccesibles, ya el elegido y su auxiliar eminentemente conocían la política cubana en su aspecto vulnerable, estando así preparados para dictar cualquier solución que pueda afectar nos fundamentalmente en nuestro desarrollo político y hasta en nuestra propia vida orgánica como nacionalidad en estado de crecimiento.

El doctor Angulo nos habla de sus entrevistas con Mr. Harding, allá en el colonial San Agustín, donde el periodista de Marion, ya hombre de estado sedado, inverna dedicando sus ocios al juego del "golf" y a la dulzura del "wheele chair" y a la contemplación de las parejas danzadoras de "fox" y otras extravagancias de la coreografía yanqui.

El enviado, que habla el inglés, no necesitó de intérprete en su acción de buenos oficios; directamente, con la voz del sentimiento que se apoya en razonamientos de indudable veracidad, su palabra, convincente por la fuerza de los hechos expuestos en síntesis incontrovertible, llegó al mandatario de una manera rotunda. Y convencido de lo mucho que Cuba espera de él, exclamó el interventante de San Agustín, como afirmativa de su buen deseo:

—Espero que Cuba habrá de tener confianza en mi Gobierno.

Y el doctor Angulo, que cree en ella, ya que este Mr. Harding es muy poco semejante al memorable Mr. Wilson, el de las bellas palabras que se lleva el viento, glosa así la frase:

—Nuestra Cuba puede tenerla.

¿Por qué? Porque Cuba, gracias a la embajada oportuna del doctor Angulo, no es una incógnita para el Presidente que desea sernos grato.

Harding conoce el problema, y esa es una garantía para los cubanos.

Hughes no ignora lo que ocurre en la política de la Gran Antilla: y eso es una garantía para Harding.

Presidente y Secretario no han escuchado, por boca del doctor Angulo, la voz de la oposición clamorosa y desatentada. No. Si hubiera sido pasional y declirante en sus informaciones, el enviado del liberalismo y del General Gómez, por mucha que fuera la razón de su causa, no habría sido, en lo absoluto escuchado. Por fortuna, sus palabras han abierto, en la Casa Blanca, de par en par, una ventana que mira hacia Cuba.

Por ella nos vigila Mr. Harding.

Por ella, tras la mirada escrutadora de su jefe, nos escruta la mirada cautelosa de Mr. Hughes.

Y ya que de tal manera son observados nuestros problemas, podemos decir con el doctor Angulo:

—Habrá garantías electorales.

¿Ahora y siempre?...
Sí, siempre que Cuba, democracia ordenada, se haga digna de conservar el afecto que ya sienten por ella los dos grandes estadistas que han ascendido al poder, y que, como le dijo al doctor Angulo Mr. Hughes, habrán de mantener, como republicanos que son, la gloria que le corresponde a su partido por haber contribuido, de una manera decisiva, a la independencia de Cuba y a su cimentación como Estado digno de un gobierno de propia y soberana elección.

Y añadamos para finalizar que, el día que el liberalismo le pida cuentas de su actuación al doctor Angulo, éste podrá darlas con la frente alta, no ya como liberal sino como cubano que obtuvo en su embajada los más halagüeños triunfos de diplomático sin credenciales de nuestra Secretaría de Estado.

Palm Beach, Febrero 3.

EL ENVIADO ESPECIAL.

Heraldo de Cuba
marzo 5/921

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA